

Eleodoro Sanhueza Ramírez

LÁGRIMAS DE NIEVE

 Planeta

La llamada

Era la mañana del 24 de abril de 2014. El celular sonaba insistentemente. No eran días buenos, pero ya habían pasado los peores. Ángel Raimapo había sepultado a su padre apenas hacía tres meses, luego de ciento cincuenta días sin saber de él. Eso aún le rondaba el corazón y los pensamientos. El celular sonó por segunda vez; ahora sí alcanzó a contestar. Era una mujer. Lo llamaba para informarle que necesitaban de sus servicios en psicología.

No parecía un gran suceso en ese momento, pero más adelante desencadenaría una serie de eventos que llegarían a ser fundamentales.

Lo del trabajo tenía sacrificios para él. Importantes. Debía abandonar la casa materna y recorrer 350 kilómetros en dirección al sur austral. ¡Qué locura! Ya vivía en la zona austral del país, pero tenía que trasladarse aún más hacia el sur, a los últimos rincones de la región de Aysén, allí donde la naturaleza habla, donde los lagos son como espejos del cielo; ese lugar que es tablado y bambalina de aconteceres inevitables.

A sus veintisiete años, todavía le costaba abandonar la casa y a su madre, que era la única familia con que contaba; y su vida cotidiana, a la que estaba acostumbrado. Era el único hijo de Millaray Raimapo, mujer tierna y adúladora.

Esa mañana, su madre le dijo que tenía el mismo aspecto adolescente: su pelo oscuro, tez blanca y un cuerpo que, aunque no medía más allá del metro setenta, siempre estuvo bien esculpido, quizá por la genética mapuche o el mestizaje con españoles de antaño. Fue la única que nunca le abandonó, y se esforzó hasta lo último para que se convirtiera en profesional y lo que era hasta ese momento. Vivían en Coyhaique, una ciudad pequeña con dulzura de pueblo, aunque de pueblo grande. Con una oscuridad romántica que atrapa y aporta anonimato. Por las noches, las ventanas que se encienden parecen ojos curiosos que se mimetizan tras las lánguidas humaredas azules.

La región de Aysén inexorablemente está hecha para seres ignotos, inexistentes, cuyas vidas, tal como el humo, se evaporan por sobre la vegetación tupida o agreste, o bien caen en los acantilados profundos de un mar silente que aún espera la arena o el grito de los bañistas. Un mar que, a punto de caerse del planeta, resiste poderoso el ciclo de la vida.

Su padre

Le llamaban Guayna y había estado desaparecido cinco meses en la montaña, mientras cumplía su trabajo como tropero.

Según cómo se contaba la historia, una serie de eventos misteriosos habían tenido lugar antes, durante y después de perderse su rastro. Guayna no vivió ni con Ángel ni con Millaray, pero éstos siempre estuvieron al tanto de su vida. Sabían que cada cierto tiempo se internaba en la montaña para reunir baguales, vacunos silvestres que después mezclaba con domésticos, para entregarlos al comercio. No eran muy buenos pasos los que llevaba Guayna. También era requerido por la ley.

Tropear es un trabajo duro y solo para hombres valientes. Se duerme a la intemperie, bajo los árboles, entre cueros de animales y fogatas; se pasa frío, a veces hambre, cuando el pu-

chero escasea, se extraña la casa o algún lugar donde esperar un plato de sopa caliente.

Cierta vez, después de muchos días cabalgando junto a otros dos gauchos, una nieve repentina los sorprendió cuando llegaban a un puesto, como se les llama a aquellos lugares ubicados entre cerros o montañas, donde hay un galpón o un rancho para guarecerse, y a veces algo parecido a un corral para el ganado. Pero aún quedaban dos días para llegar a Bahía Murta, un pequeño villorrio a orillas del lago Chelenko, donde culminaría la faena.

Trasladar ochenta animales era lento y trabajoso, y la inesperada nieve de agosto sin duda retrasaría el viaje. Los hombres que acompañaban a Guayna eran dos hermanos aún jóvenes y expertos en el tropeo de animales. Inseparables. Se habían criado en ello; pasaban inviernos y veranos arriba del caballo y hablando con los perros. La escuela básica se les hizo difícil e inconveniente. Si bien durante un tiempo se habían desempeñado como cocineros en una estancia y ya ambos se habían convertido en padres de familia, no se habían olvidado de lo que significaba el rubro.

Según lo relatado por ellos, Guayna, una vez dentro del galpón para cobijarse del frío y cuando la nieve se dejó caer cada vez más densa, creyó que pasarían muchos días aislados, y eso aparentemente lo desesperó. Además, era un fuerte bebedor, casi alcohólico, y aquello era un antecedente importante si pasaba muchos días en la montaña. Mientras preparaban la comida y afuera los animales exhalaban vapor, le pidieron a Guayna recoger leña para avivar el fuego. El viejo salió a la nieve gélida y se alejó caminando. Fue la última vez que lo vieron.

Lo buscaron aquella noche completa, mientras la nieve seguía acumulándose en los árboles y sobre el suelo. Según dije-

ron, andaba con un revólver en el cinto, pero nunca pudieron comprobar aquella información.

Ocurrieron muchas cosas extrañas esa noche. Su caballo, horas más tarde, en mitad de la noche, murió sin razón aparente. Una caja de vino que estaba casi llena, en un rato en que estuvieron afuera buscándolo, apareció vacía. Pronto los gauchos empezaron a ver imágenes extrañas, figuras y sombras entre las ráfagas de nieve. Aquello los hizo desistir de la búsqueda y una vez que la nieve amainó, dejaron aquel lugar para siempre.

En primavera se hicieron búsquedas, sin embargo, estériles. Solo al año siguiente, a mediados de enero, fueron encontrados sus huesos. Estaban en el fondo de un barranco.

El viaje

Para el trabajo requerido, Ángel tenía que trasladarse al Baker, pueblo que había visitado algunas veces, pero que no conocía demasiado bien. Hacía poco había estado allí para la entrevista para postular a ése, su primer trabajo. Se quedaría por varios meses apoyando a profesionales del área social, que bregaban entre el hielo poderoso y la soledad gigantesca, alejados de toda bulla citadina y luz artificial. Y la verdad es que, si la cuidad de Coyhaique solo era un pueblo, el Baker era un caserío.

Los buses que circulan por aquellos caminos son incómodas máquinas que exacerban el frío, y en su interior, una vaga energía sugiere solo dormir y acallar cualquier atisbo de risa o alegría. Eran finales de abril, mes en que el invierno aysenino, si bien ya se hace sentir, aún no se muestra con completo ímpetu. En esa ocasión iba a ser distinto.

Si hubiera que analizar a las personas que viven en la profundidad de la región de Aysén, soportando la soledad y la

lejanía, se podría comprender el importante sacrificio que hace cada uno por la vida. Aunque, por supuesto, hay una cualidad de aquella tierra que podría decirse encantadora: sus paisajes montañosos, los soberbios bosques capaces de aparentar un espejismo, puro y auténtico, lo que en definitiva hace comprender la motivación de sus habitantes, abrumados por una belleza que pocas veces nombran, ya que vivirla hace innecesarios y pequeños los halagos.

Aquel día de abril la lluvia no amainaba y pegaba fuerte, como el aplauso de una multitud. Sin duda, era bella. Ángel y su madre se despidieron, no sin cierta angustia. Mal que mal, estarían un tiempo importante separados. Sin embargo, ella estaba feliz porque su hijo había conseguido trabajo, no era necesario dejar aflorar el profundo sentimiento que a ambos acechaba. En el desayuno, que fue agradablemente largo, estaba la sonrisa de la madre, su frágil figura, su tez suave y morena, sus ojos negros y su voz que ordena las cosas, que lo dejó preparado para marchar. Sin embargo, solo pensar que por algún tiempo viviría aislado y en aquellas tierras frías donde su padre había perdido la vida, producía en Ángel una tensión cansadora.

En el terminal de buses, poco a poco fueron apareciendo personas de rostros somnolientos, en su mayoría mujeres con niños, cargando bolsas de compras. Por allá, unos gauchos con cajas repletas de víveres. También algunos turistas, que si bien por esa época suelen escasear, no desaparecen del todo. Es común cruzarse con algunos jóvenes y adultos, mujeres y hombres, cargando grandes mochilas, bien abrigados y con ansias de maravillarse por los paisajes. Ángel se instaló en el último asiento, junto a la ventana, y esperó pacientemente. Sería un viaje largo, que era lo que más le martirizaba. El bus salía a las diez de la mañana y poco a poco la marcha se iría ralentizando, debido al estado de los caminos.

Los primeros kilómetros desde que se deja la capital ayseni-
na y se avanza hacia el extremo sur, el asfalto y cemento permi-
ten un viaje seguro y cómodo, aún en los inviernos más duros.
Las praderas empastadas con vacunos rumiando, bandadas de
avutardas, teros revoloteando y calafates en medio de mallines,
conceden un paisaje de cierto modo hasta de paseo. Quizás
una hora o un poco menos dura aquella imagen, porque una
vez que definitivamente la carretera enfila hacia el infinito sur,
se debe enfrentar el paso sobre la Cordillera de los Andes, o lo
que queda de ella, quizás el último verso del gran poema que
significa la cordillera en Sudamérica completa. No obstante,
en invierno puede resultar un obstáculo difícil de franquear, y
en esta oportunidad, habría contratiempos.

El bus pronto se encaramó en la montaña y los pasajeros
se mantuvieron en un trance. De un momento a otro, bajó la
intensidad de su recorrido y se acomodó a la orilla del camino.
La lluvia dio paso al aguanieve, que afortunadamente no se ex-
tendió por mucho tiempo. El día volvió a quedar estático, pero
con esa sensación térmica que penetraba silenciosa.

Cuando el bus se detuvo, la mayoría dormitaba, algunos
conversaban en voz baja y otros alzaban la cabeza para ver lo
que pasaba. El chofer se puso de pie e informó a los pasajeros
que era necesario poner cadenas en las ruedas debido a la nie-
ve, que sería protagonista del resto del camino.

—Nos espera un camino lento y frío, hermano —gritó el
chofer—, la primera nieve del año vino fiera —agregó y luego
bajó riendo como si se tratara de algo a lo que estaba demasia-
do acostumbrado.

Invitó a descender a quien quisiera, para estirar las piernas,
dijo, u otra actividad necesaria. Apenas se perdió de vista, va-
rios se levantaron y obedecieron, hasta contentos.

Ángel se quedó inmóvil en el asiento y desde allí siguió el
ejercicio que había realizado durante el tiempo del viaje. Cerró

los ojos y respiró profundo, en ese lapso oyó voces hablando en un idioma que como primera impresión le pareció alemán. Se mantuvo así por segundos o quizás minutos, no tenía ganas de nada, salvo de llegar rápido a destino. Después revisó su celular. Estaba a punto de quedar fuera de línea, así que era el momento preciso de escribirle un mensaje a su madre.

Las cadenas

Ángel observó el espectáculo del chofer junto a otros hombres, instalando las cadenas con bastante esfuerzo, pero no les resultaba. No esperó mucho y decidió bajar y ayudarles. Al estar cerca de ellos notó de inmediato que muy pocas veces habían realizado aquella acción que, si bien no es tan compleja, es muy desagradable.

Durante algunos años, y en vacaciones de invierno, Ángel trabajó en una camioneta leñera, y allí aprendió y reaprendió a poner cadenas. Por eso mismo, pidió permiso al chofer y demostró su experiencia. Estiró las cadenas en el suelo, al contrario de lo que los otros hacían, que intentaban ponerlas sobre la rueda. Le dijo al chofer que moviera lentamente el bus hacia adelante y en un par de minutos todo estuvo bien. Dejó la última parte para que ellos terminaran y con cierto orgullo subió para ocupar nuevamente su asiento. Una vez arriba, y debido al enfriamiento, decidió que era tiempo de unos mates. Varios subieron al bus moviendo el cuerpo en reiterados tiritones como sacándose el frío.

A Ángel le ayudaban las calcetas, el calzoncillo largo, la chomba de lana, el gorro y la chaqueta. Y pronto, el agua verde que le recorrió desde la boca hasta el estómago.

Los pasajeros volvieron a acomodarse en sus asientos.

Los turistas

Un joven alto, flaco, como si no tuviera músculos y de aspecto europeo se puso frente a Ángel, sonreía y se mantuvo por largos segundos, esperando quizá la reacción de éste. Ángel no atinó rápidamente, pero pronto lo saludó.

—Hola —dijo, haciendo un gesto con la cabeza. El europeo respondió el saludo, también con un movimiento de cabeza y rápidamente llevó los ojos al mate. Dado que no hizo otro gesto ni menos emitió palabra, a Ángel no le quedó más alternativa que ofrecerle mate. Y resultó que esa era la acción perfecta para que el tiempo traspasara el presente y diera paso al futuro de ambos. El europeo tomó el mate con sus dos manos y antes de llevárselo a la boca y sin decir nada, se dio vuelta y miró a su novia. Ángel no se había dado cuenta de la presencia de la mujer y cuando la vio, no supo contener su admiración.

El europeo le dio la espalda a Ángel, esperando que su compañera se acercara. Cuando aquello ocurrió, él le pasó el mate, pero estaba sin agua. La mujer emitió una frase en su idioma y ambos rieron.

Después de sus risas, que lograron atrapar la atención de otros pasajeros, cuando el chofer justamente subía limpiándose las manos y echando una mirada sobre todos, pero más sobre los extranjeros que definitivamente no pasaban inadvertidos, el bus partió. Finalmente, Ángel supo que la pareja era originaria de suiza y definitivamente hablaban alemán, pero manejaban también el francés, el italiano y el español, aunque su forma interna de hablar era en alemán. Él se llamaba Alexandre y ella Hellen.

Ángel no podía dejar de observar a Hellen, no era una mujer tan alta como podría imaginarse, de hecho, le sorprendió porque era ligeramente más baja que él, pero era rubia y ojos de un color azul claro. Las mejillas tenían una ligera redondez por donde caía un mechón, que la hacía parecer como a al-

gunas inglesas. Se vestía con un suéter de lana artesanal, con amarillos y verdes; suelto y con cuello alto. A los ojos de Ángel era muy bella y se sintió conmovido, pero rápidamente tomó compostura para no ser descubierto.

Los suizos parecían no sentirse intimidados por la temperatura baja, quizás porque sus vestimentas eran acordes con el invierno austral. Zapatos gruesos, pantalones térmicos y chaquetas de polar.

Al cabo de un rato, compartieron el mate y una trabada conversación en chileno. El viaje siguió tal cual, lento, frío y con paradas obligatorias por la nieve sorpresiva con la que se encontraron en el camino.

Aquel suceso, el hacer amistad con Hellen y Alexandre, le produjo a Ángel un cambio de ánimo y se sintió optimista y feliz. Su corazón latía más rápido que lo normal.

El día no se despejaba y había una nubosidad que brotaba de los bosques, espesa y blanca como si la tierra estuviera fumando.

Cuando la energía de la amistad bajó de intensidad, y los suizos se fueron quedando en silencio y en un estado letárgico, Ángel abrió un poco la ventana y respiró el frío. Las montañas se sucedían unas a otras, inmensas como monstruos. Imaginó un avión atravesando aquella franja de nubes y golpeando la cumbre de un cerro, o sucumbiendo en el frío mar austral. Le dio un poco de miedo ese pensamiento, entonces elucubró una nueva historia, más positiva. Imaginó al avión, pequeño, con solo un par de pasajeros, excitados de miedo, aterrizando en la pampa argentina.

A medida que el bus se comía la ruta muy lento, como si sintiera miedo de introducirse en aquellos parajes, fueron apareciendo pequeños poblados que parecían incrustados en las montañas, los techos de las casas apenas eran visibles entre los frondosos bosques. Caseríos que parecían haberse estancado

en 1940, y donde seguramente se podría hallar habitantes fraternos y hospitalarios.

Permaneció por largo rato con la cabeza fuera, tanto que sus mejillas casi se congelan. Por ese lapso se olvidó de los suizos, y cuando los volvió a mirar, estaban durmiendo.

Aprovechó que aún quedaba día continuó admirando el recorrido. En lo profundo del campo, aparecían humaredas de caños, caballos sueltos, y perros que salían persiguiendo al bus. Por un momento, Ángel tuvo la sensación de irse perdiendo en un mundo reconocible pero lejano. Imaginaba que en cualquier momento el bus caía por una pendiente hacia el cauce de un río que alguna vez existió. Se sorprendió nuevamente pensando en tragedia. Pero de sopetón, como una brisa en medio del desierto, escuchó una voz dulce saludándolo.

Se incorporó y vio el rostro de Hellen que se acercaba. La saludó con nervios. Ella le devolvió una sonrisa. Seguidamente llegó Alexandre que, junto con estirarse de flojera, dijo que tenía mucha sed. Fue hasta donde estaba su mochila y no sacó agua, sino unas cervezas.

Se instalaron, Hellen y Alexandre, nuevamente al lado de Ángel, y continuaron el viaje como si se hubieran conocido de toda la vida.

Si bien los suizos manejaban el castellano o chileno, les costaba construir frases para llevar una conversación fluida. Pese a eso, lograban hablar, aunque la charla en su mayor parte se trataba de paisajes, clima, Patagonia, Chile, Suiza.

El día se fue terminando. Alexandre sacó otra cerveza para cada uno, y el alcohol inició su hechizo, pero con una actitud positiva. Aunque de pronto, algo sucedió. Poco antes que se oscureciera, el bus sufrió un desperfecto.

Nuevamente el chofer y algunos paisanos se encargaron de reparar la falla. Ángel y los suizos bajaron. Y como si todo

hubiese estado planificado, sin mucho que decidir, se introdujeron en el bosque.

A pocos metros de perder de vista al resto, Hellen sacó de su bolsillo una bolsita de marihuana. Eso fue realmente una sorpresa para Ángel, porque si bien era liberal en ese asunto de andar de buenas a primeras compartiendo, no solía hacerlo muy a menudo. A menudo tenía desconfianza, un poco exagerada eso sí, pero que suele ser típica del habitante sureño. Aquí quiso dejarse llevar por esa extranjera y su novio despreocupado, quienes ya se habían convertido en personas especiales para él.

En un rato Hellen lo abrazó y besó en la mejilla, mientras Alexandre tomaba fotografías. Fueron minutos que se alargaron eternamente, y que solo una secuencia de silbidos y gritos, los volvieron a la realidad. Salieron del bosque cuando ya era de noche y pese a que el chofer y casi todos los pasajeros estaban molestos por la tardanza, ellos reían sin parar. Poco después que el bus reiniciara el viaje, Ángel se quedó dormido, y solo despertó cuando un sonido de guitarra fue más poderoso que su sueño. Abrió los ojos y vio a sus nuevos amigos mezclados con los pasajeros, compartiendo la música regional.

Durante las últimas dos horas de viaje, aquella música los acompañó a todos.

La llegada

A las nueve de la noche, arribaron al Baker. Y ayudados de la información del guitarrista gaucho, caminando sobre la nieve crujiente, pudieron dar rápidamente con el hospedaje en el cual solo tenía reserva Ángel. La dueña de casa se llamaba Miriam. Una mujer hospitalaria, de mediana estatura, no tan delgada, ojos saltones que parecían hablar, y que naturalmente esperaba solo al chileno. Pero no tuvo problemas en recibir a

los suizos. Les advirtió, eso sí, que tenía solo una pieza disponible, con dos camas, puesto que las demás estaban reservadas para unos trabajadores de la carretera austral.

Alexandre y Hellen movieron la cabeza afirmativamente, mirando a Ángel como para pedir su consentimiento. Éste, un poco contrariado, ya que aquello significaba que dormirían los tres en una misma pieza, no tuvo más alternativa que aceptar. Pronto, Miriam invitó a la cena que se estaba calentando. Ángel y Alexandre corrieron a comprar vino. En el trayecto, Alexandre le contó que traía mucho dinero, se había ganado la lotería en su país. Ángel se rio porque pensaba que esos juegos de azar solo se hacían en países más pobres. Pero al parecer estaba equivocado. Eufórico, Alexandre le contó con esfuerzo todos los pormenores de cómo había obtenido aquella fortuna y lo que pensaba hacer con ella.

—Interesante —dijo Ángel. Pero el suizo no entendió. Compraron y volvieron de nuevo corriendo. En ese recorrido Alexandre le resumió el proyecto que tenía, una idea brillante que si concretaba lo iba a convertir en un gran empresario turístico. Sin duda, tenía su futuro muy claro, y extrañamente ese futuro lo planificaba en la mismísima Patagonia chilena.

Cenaron con mucha hambre, un guiso contundente y reponedor que acompañaron con vino, lo que motivó a extender la sobremesa.

Por supuesto que Ángel tuvo que contarles cuál era el motivo de su viaje. Básicamente les explicó que era por trabajo y que se quedaría por un largo tiempo. No quiso profundizar en que su trabajo tenía mucha vinculación con problemas en las familias de aquel lugar, familias de escasos recursos que los mismos asuntos económicos y sociales llevaba a sucumbir antes situaciones especiales. A Ángel además le parecía difícil explicar aquello y quizás ni era necesario.

Cuando el vino se acabó y antes de ir a dormir, salieron a fumar. Allí afuera pudieron experimentar el silencio sobrecolector del lugar y disfrutar de la noche patagónica.

Si bien hacía frío porque el cielo se había despejado para dejar pasar una audaz escarcha, todos estaban maravillados con las estrellas que se veían nítidas y marcaban a la perfección la vía láctea. Eso fue lo que llevó a Alexandre y Hellen a contar más detalladamente sus grandes objetivos: comprar un terreno para vivir en medio de aquella gran naturaleza.

—Tenemos dinero que se necesite—dijo Alexandre, casi en un perfecto español, pero al parecer era una frase que venía ensayando desde su salida de Europa.

Él tenía muy claros sus anhelos para vivir en estas tierras y resaltaba su vivo entusiasmo y exaltación por el amor al paisaje; se notaba lleno de energía y ganas, y no podía ser de otro modo según sus palabras.

El cabello rubio de Hellen y sus grandes ojos celestes deslumbraban entre aquella especial oscuridad. Y Ángel sabía apreciarlo muy bien. Quizá por llevar varios años de noviazgo, detalle que se habían encargado de contar muy bien, Alexandre y Hellen no tenían esa actitud insistentemente cariñosa que suelen tener algunas parejas que ya han decidido pasar el resto de la vida juntos, es más, Hellen decía que los chilenos eran muy atractivos. Ángel se sintió intimidado, aunque solo un rato; después, para sus adentros, se alegró, y dijo “con un beso me conformo”.

—En Suiza tendría novia rápido, Ángel —dijo Hellen con una expresión encantadora.

Alexandre estuvo de acuerdo y lanzó una gran bocanada de humo. Luego caminaron hacia la casa. Ángel se quedó un poco más atrás y sonrió en silencio, emocionado. Hellen abrazó a Alexandre y antes de entrar, también abrazó a Ángel. Así traspasaron la puerta. La figura del suizo, alto y delgado, con

el cabello largo que tenía tomado a la altura del hombro, contrastaba con la fisonomía de Ángel.

Alexandre pasó al baño y Ángel continuó a la pieza junto a Hellen. Se sentaron cada uno en su cama. Ángel la observó mientras ella revisaba su celular. La siguió encontrando hermosa. Tenía los ojos rojos por la marihuana y eso creaba un singular contraste en su cara.

—¿Mañana trabaja? —preguntó de pronto ella.

Ángel se limitó a asentir, y dijo sí con una sonrisa dibujada. Luego siguieron en silencio hasta que apareció Alexandre. Segundos después, Ángel fue al baño. Cuando volvió, ellos ya estaban acostados. Se metió a la cama en silencio, mientras oía cómo hablaban en su idioma. No quiso imaginar qué estaban diciendo, a él no le incumbía, pero se sentía un poco incómodo.

Se quedó dormido pronto. Y tuvo un sueño demasiado infantil donde participaba su madre. Ésta le recordaba que debía cambiarse de ropa interior cada vez que se levantara. Se sentó en la cama y miró hacia donde dormían los suizos. La luz que entraba por la ventana le hizo ver perfectamente el cabello de Hellen, que al parecer se había despertado con sus movimientos, pero en realidad estaba dormida y solo se incorporó de forma automática, aunque expresó algo en alemán.

—*Är du ok vad är fel med dig*¹ —dijo, y volvió a dormir.

A las ocho de la mañana, Ángel se levantó pensando en meterse rápidamente al baño, mientras sus amigos aún dormían. Hellen emitía un pequeño ronquido. Antes de salir de la pieza, se quedó mirándola, quería empaparse lo bella que era. Tomó una ducha corta, y cuando salió, en la cocina había un olor a pan recién salido del horno. Entró rápido a la habitación para despertar a los durmientes e invitarlos a probar el desayuno, pero fue una muy mala idea. Hellen y Alexandre estaban refregando sus cuerpos, pero ni se inmutaron con su ingreso,

1. ¿Estás bien? ¿Qué te pasa?

es más, Hellen permaneció sobre Alexandre, aunque cubierta con la frazada hasta la cabeza, y pese a que Ángel evitó mirar, sus ojos se fueron hacia su cabello rubio agitándose.

Baigorria

En el comedor, ya más aliviado, Ángel recibió el rostro amable de Miriam, que estaba sirviendo mates a un viejo de cuerpo enjuto, de rostro demacrado, pero con ojos vivos que destelleaban debajo de una boina de cuero café que parecía pegada a su cabeza.

Ambos lo saludaron amistosamente y el mate llegó enseguida. Primero la conversación se centró en que ya no seguiría nevando, por lo menos por aquel día. El viejo, de grave voz, dijo que la nieve los había sorprendido, que hacía muchos años no nevaba en abril, y se alegraba que hubiera sido solo por un día, porque estaba esperando a tres baqueanos que traían una tropa de animales. Después interrogó largamente a Ángel, de dónde venía y que lo llevaba por esos lados. Ángel tuvo que echar afuera parte de su vida y el trabajo que le correspondía hacer. Mientras hablaban, Miriam dio vuelta una horneada de pan para luego invitarlos a probar los que había sacado hacía poco, acompañados de una mermelada casera de mosqueta. Pronto, Alexandre y Hellen entraron juntos al baño, y salieron al mismo tiempo que la última horneada de pan. Miriam preparó la mesa para el desayuno, dejando encargado al viejo de los mates. Éste saludó amablemente a los suizos y les preguntó si querían probar. No obtuvo respuesta rápida, y fue necesaria la ayuda de Ángel para que entendieran. El viejo, que por su actitud no tenía nada de apuro y podría haberse quedarse todo el día detrás de la cocina conversando, de un bolsillo de su roído abrigo sacó tabaco, papelillo y se puso a armar un ciga-

rrillo. Ángel notó que le faltaba un dedo. Alexandre también quiso fumar. El viejo le estiró el tabaco y el papel.

—A propósito —preguntó Ángel—. ¿Cómo se llama usted?

—Baigorria —dijo—. Armando Baigorria. ¿Y tú?

—Ángel Raimapo.

Baigorria hizo un gesto como si quisiera hacer una pregunta, pero nada dijo.

La conversación duró hasta las diez y media, hora en que Ángel ya debía estar en la municipalidad para iniciar su nuevo trabajo. Salió junto a Hellen y Alexandre comentando acerca de Baigorria, de su original personalidad. El día era blanco y frío, una poderosa capa de niebla se alzaba sobre el pueblo que se erguía sobre un delgado manto de nieve que aún estaba abrazado al suelo, lo que hacía sentir que estaban bajo un domo de hielo, y sazonados por una brisa casi insoportable que se arrastraba pegando de lleno en las piernas.

El Baker era un pueblo de unas trescientas personas, que en su mayoría se dedicaban a labores de campo. Alrededor de la plaza estaba la municipalidad, un par de negocios, la escuela, el correo y una pequeña oficina de banco. Desde la plaza, el poblado se extendía unas cuatro cuadras de forma equilibrada hacia todos los lados.

Si algo tenía de especial, es que era un cuadrado perfecto. Por el lado norte salía la carretera que llevaba a Coyhaique. Por el sur salía un camino hacia campos y otros poblados que, sin exagerar, eran como el fin del mundo. Por el lado oeste corría el gran río Baker, caudaloso y prístino, que constituía el gran orgullo de la gente. Por la parte este, el lago Esperanza, que continuaba varios kilómetros más allá para entrar en el territorio argentino.

Si bien los habitantes del Baker vivían en su mayoría en el pueblo, muchos tenían un pedazo de campo, lo que significaba su principal recurso. Allí, además de criar animales, lograban

cultivar un poco la tierra no sin dificultad, dadas las bajas temperaturas, la escarcha y sobre todo la nieve. Por ello, el territorio más que nada era un bien turístico que atraía fuertemente a empresarios chilenos y extranjeros.

Había algunos que por ningún motivo estaban dispuestos a vender, aunque la tierra no produjera nada, el solo hecho de pensar convivir con extranjeros, les quitaba el sueño. Por otra parte, había quienes sí estaban dispuestos a vender y muchos ya lo habían hecho, como una forma de sacarle provecho en vida a esa tierra tan codiciada.

Atravesaron la plaza lentamente, mientras coordinaban reunirse a la hora de almuerzo para comer juntos. Poco a poco se iban entendiendo mejor. Por una parte, los suizos juntaban las palabras en español para formar sus mensajes y Ángel entendía aquel lenguaje con baches.

Se veía muy poca gente en las calles. Había que hacer un gran esfuerzo para percatarse de la presencia de otra persona, aunque como silvestres que eran, lograban mimetizarse con el paisaje.

Se despidieron poco antes de cruzar la plaza entera. Ángel se metió a la municipalidad, y sus compañeros se fueron en dirección contraria.

En el trabajo, la primera hora de Ángel estuvo marcada por conocer a sus colegas, y a casi toda la municipalidad, que era pequeña. El resto de la mañana se reunió con Marión y Miguel, trabajadores sociales que iban a ser sus más cercanos. Ellos intervenían a las familias que necesitaban el servicio de Ángel, que esperaban pudiera aliviar los estados emocionales que afectaban a algunos. Poco antes de terminar la jornada, se agregó Estela, la jefa del departamento en el que Ángel se desempeñaría.

En la hora de almuerzo, nuevamente estuvo reunido con sus amigos turistas. Alexandre habló emocionado de lo que

habían hecho durante la mañana. Estaban sorprendidos de la buena disposición de los lugareños, era como si estuvieran acostumbrados al ajetreo de afuerinos.

Baigorria escuchaba y comía, en silencio. Sin embargo, de pronto preguntó a Alexandre la decisión de viajar en pleno invierno.

—Vacaciones son ahora para nosotros —respondió Alex.

—Sí —agregó Hellen—, antes no. Y Patagonia ahora muy hermosa, con nieve.

—Es más linda sin nieve, che —contestó Baigorria.

Después de eso hubo silencio. Sobre todo, porque Miriam se unió a la mesa.

Aunque Baigorria nuevamente tomó la palabra.

—Esta nieve me cagó un negocio —dijo—. Hace dos días que debían haber llegado unos baqueanos con una tropilla de vacunos.

Luego, como encadenando la historia, Baigorria quiso contar algo de un hermano suyo. Aunque Miriam lo detuvo.

—Vas a aburrir a los chicos con esa historia —exclamó.

Miriam tenía la actitud de una madre. Y su sola presencia generaba un aura de seguridad, amistad y ternura.

Baigorria se rio exageradamente y aseguró que la historia era buena y que debían escucharla. Pero después se fue por las ramas y habló del hombre más rico que vivía en el pueblo, un español, a quien consideraba su amigo. Según Baigorria, el español había llegado hacía poco más de un año, con harto dinero que rápidamente había invertido en terrenos. Que iba y venía. Que volaba en aviones privados y a veces organizaba fiestas con mucha comida y tragos. También habló de la esposa y una hija del español.

—Hermosas. Unas mujeres de la tele —remató.

Alexandre, mientras Baigorria hablaba como si estuviera borracho, y lo más probable es que lo haya estado, dijo que se

sentía feliz de estar allí y que era el lugar que buscaba. Hellen asintió, convencida de aquello.

Antes de separarse en la tarde, Ángel observó cómo Baigorria fumaba en el umbral de la puerta que daba al patio. Le llamaba la atención la forma de ser y actuar de ese patagón. Era un personaje muy *sui generis*, pero al mismo tiempo tenía un halo de misterio. Había mucho que descubrir en él.

Cavilaba en esos pensamientos cuando Hellen le habló.

—Fuimos lago.

Ángel la miró y allí estaban sus ojos azules. Alexandre apareció con su cámara fotográfica y enseñó a Ángel las fotos que tenía.

—Lago Esperranza —dijo Hellen apuntando una imagen.

Los tres se mantuvieron con las cabezas cercanas mirando. Hellen preguntó a Ángel por lo que iba a hacer durante la tarde.

—Trabajar.

Ángel se ponía nervioso cada vez que Hellen le hablaba. Pero se alegraba que a ella le interesara su presencia. Sentía como si las endorfinas se amontonaran en su estómago. Hellen lo miró con ternura y también sonrió. Luego le acarició el hombro. Las hormigas recorrieron el cuerpo de Ángel.

A las tres de la tarde estuvo reunido nuevamente con Marión. Una muchacha joven, risueña y de compacta figura. Después de un rato de revisión de algunas materias importantes, salieron. Pronto llegaron a la casa de una pequeña familia, conformada por Flor, una mujer de treinta y cinco años con dos hijos: una niña de diecisiete y un varón de quince. Madre soltera. En el trayecto antes de llegar, Marión había adelantado a Ángel algunos datos de la familia.

—Cuando empecé a visitar la casa, o sea, cuando comencé mi intervención, la señora estaba cesante y no tenía los estudios medios completos. Pero en el transcurso de un año, logró nivelarse, y, además, aprendió a manejar y sacó licencia de conducir. Ahora trabaja en uno de los cinco taxis colectivos que existen en el pueblo. Aumentó sus ingresos y tiene ahorros para ampliar su casa a través del subsidio.

En casa de la familia, Ángel pudo confirmar que la mujer estaba muy agradecida con el trabajo que estaba realizando Marión. No obstante, era imperioso trabajar algunas técnicas de crianza con ella, puesto que había indicios de vulneración de derechos a los niños. Sin duda, una situación delicada. Y era ahí donde Ángel debía usar sus conocimientos y técnicas. Si bien no era como solicita el protocolo en presencia de aquellas situaciones, el argumento en este caso era que en el pueblo no había una oficina de protección del derecho para los niños, lo que no permitía un seguimiento frecuente ni tampoco una atención especializada.

Salió afectado una vez que terminó la visita, sintiendo que su trabajo tenía que empezar rápido y con sutileza, puesto que introducirse en el seno de una familia, era algo especial. Afuera, el día seguía frío y le caló hondo. Pero lo que venía, iba a terminar por congelarlo.

Marión dijo que en la próxima casa se encontrarían con situaciones realmente complejas y evidentes. Y a medida que fue profundizando en aquello, Ángel comprendió que tenía una gran misión.

Se trataba de Ana, una mujer de treinta y ocho años cuyo esposo había sido asesinado en una confusa riña hacía tres años, mientras apostaba en un juego de taba. Y había sido la propia taba el arma homicida.

Ana tuvo que afrontar la crianza de cinco hijos, el mayor ya tenía diecisiete, también una niña de doce, un niño de diez